

## Historia de la mosca

Javier García-Galiano

Aunque se desconoce su origen, la mosca siempre aparece. Surge de pronto en los pisos más altos de los edificios más altos sin dejar indicios de su procedencia. Se refugia en los hipogeos, se perpetua en la inmundicia, se oculta en el interior de las frutas. La mosca, se sabe, es enemiga del sueño.

En la habitación 309 del Hotel Oxford de Baalbeck hay una mosca que se presenta cada noche con una puntualidad inquietante. Todo habitante circunstancial de ese cuarto avejentado suele despertarse en la madrugada por los ataques de ese insecto perseverante. Como suele suceder en los momentos de desesperación, la cacería de esa bestia mínima se vuelve una obsesión en la que se recurre al periódico a la manera de un arma letal, al *Fleet*, que suele embriagar como una droga barata, a los manotazos ciegos. Sin embargo, nadie, ni el dueño del hotel, Giuseppe Marzano, que se dedicó ciento veinticuatro noches a la búsqueda de ese animal, ha podido capturarlo.

Fue Johann Joachim Winckelmann el que sospechó que ese insecto molesto era el mismo que había inquietado a Luciano de Samosata antes de que existiera la construcción del hotel. Según refería una meretriz muy disputada, que se refugiaba en nombres varios, en unas ruinas hoy desaparecidas, Luciano se dedicó a su cacería pacientemente, comprendiendo al término de esas largas vigilias que “la mosca, una vez muerta, si se le esparcen encima cenizas, resucita y tiene un nuevo nacimiento y una vida nueva. Por lo cual deben todos persuadirse de que también el alma de

las moscas es inmortal. Y la razón es que habiéndose apartado del cuerpo, regresa y lo reconoce y lo hace volar”.

Si Winckelmann no hubiera sido asesinado en Trieste y hubiera sido desproporcionadamente longevo o hubiera padecido de inmortalidad, quizá habría podido demostrar que era el mismo animal que perturbó el reposo de Augusto Monterroso en esa habitación hotelera, el mismo que había atacado a Marcel Schwob y del que había experimentado sus sangrías, que, sin embargo, no le dejaron huella, y cuyas noticias conoció Antonio Machado.

Tuvo que ser un gato quien descifró el vuelo, los sonidos y la errancia de esa mosca a la que sigue cazando perpetuamente, pues se trata de un fantasma menor.